

Nº 588
18
Febrero
2022
Viernes



Descubrir el aire fresco

Emilio Álvarez Frías

A Dios gracias, uno no anda metido en los entresijos políticos. Decidió, hace algún tiempo, cuando se desengañó de lo que en la práctica es la política, vivir libre como el viento, según cantaran, allá por los años 90 del siglo pasado, el grupo andaluz de rock Medina Azahara: «Necesito respirar / descubrir el aire fresco / y decir cada mañana /que soy libre como el viento».

Porque, teniendo en cuenta lo que se ve en estas calendas, parece obligado arrimarse a algún grupo de los que se forman en la política nacional para andar ajustando a la comunidad a unas maneras que, en el fondo, es difícil que coincidan con las que uno ha ido desarrollando durante el transcurrir de su existencia, que nunca han tendido por el empoderamiento –según se dice ahora–, sino por la constante de una sociedad tranquila, pausada, sabiendo cuál es el camino que ha de seguir para el mejoramiento de la vida de la



colectividad, pues no siente ni la afición de destacar salvo en el buen hacer de sus obligaciones, ni considera que ha de ensalzar por encima de la generalidad a personajes que, en el fondo, no tienen el convencimiento de qué es lo que han de hacer, y hacen lo que les conviene en cada momento, aunque unos más que otros tengan objetivados algunos principios acentuados con mayor intensidad respecto a lo que conviene para la generalidad. Cosa que puede deslumbrar por la buena oratoria de los arquetipos que se lanzan al

foro en persecución de metas de mejor o peor apariencia, con mejores o peores antecedentes históricos, con intenciones de mejor o peor calado, con una sorprendente generosidad hacia la comunidad o simplemente una vocación de medrar personalmente.

Mas para cumplir con el merecimiento que supuestamente han de tener esos líderes o simples cabecillas es necesario estar colmado de unas virtudes que no es frecuente reunir cuando pretendes saltar al encuentro de la verdad, ya que son escasos los que están dotados de ese merecimiento y pocos los que gozan de la humildad de ejercerlo con honesta generosidad. Para ello, no basta con lo que uno pretenda, sino que ha de rodearse de colaboradores, seleccionándolos uno a uno y muy severamente, pues es fácil que se cuelen los trepadores, los vagos y maleantes con traje de Armani, los engreídos que se consideran por encima de la generalidad o de los destacados. El arte de la política es muy complejo y difícil de sacar adelante, pues, además, cada tiempo tiene su variante.

España está en un momento muy delicado. La mayoría de los políticos son soberanamente mediocres incapaces de hacer lo que deben y asfixiados en su soberbia. Están repartidos en muy diferentes equipos empeñados todos en ganar la partida a los demás; eso a pesar de que tales equipos se agrupan en dos camadas más una tercera con los encerrados en la disidencia de romper



la unidad patria. Cada cual considera que su epítome es la perfecta que tiene la obligación de imponer a la comunidad; tanto la de los que gozan de un mayor crédito y veracidad como la de los que apenas les acompaña una escasa solvencia; tanto los que sostienen unas bases sociológicas perfeccionadas a lo largo de una andadura de siglos como los que de la nada saltan a la modernidad, o se suben a ella desde principios que han llevado a los países a guerras, a enfrentamientos de todo tipo, al odio entre hermanos.

España se encuentra metida en un maremagno en el que se revuelven todas las ideologías en el peor de los aspectos dado el deseo de ser unos más que los otro. La izquierda, en sus diferentes versiones, considera que son los más conspicuos adalides para convertir el país en un edén majestuoso, calificando a una parte de la derecha de extrema que ha de ser eliminada, y la derecha, con excesiva prudencia, olvida de calificar a la izquierda de extrema, calificativo que si se merece dadas sus prácticas y tendencia en las disposiciones

que impone a la nación y consigue aprobar en el Parlamento. Todos se cuelgan el cartel de ser los buenos por naturaleza, considerando al de enfrente como malos de nacimiento.

Hay gente como nosotros, mucha gente, incluso una cantidad considerable sin estar convencida de ello, que considera que la izquierda de la que gozamos es lo peor que le podía caer a España por lo que es imprescindible eliminarla por todos los procedimientos. Ya que la izquierda comunista que nos domina, que permanece en la memoria que ocasionó millones de muertos durante su dominio por países de Europa y algunos de Asia y América del Sur, y muy especialmente en España, todavía no ha celebrado su juicio de Núremberg como acordó la Asamblea General de la Unión Europea, para limpiar esa terrible historia que cuenta con millones de muertos, y no pocos en España, mientras los perdedores de la Guerra Civil lo cargan sobre los que se vieron obligados a tomar las armas para limpiar la bazofia que se extendía por toda la nación. Por tanto, la derecha de ahora, sea del PP o de VOX, en ningún momento se la puede considerar de extrema ya que sus postulados son única y exclusivamente la defensa de los valores nacionales y universales, la salvaguardia de una España tranquila, pacífica, en constante crecimiento, buscando una juventud bien formada, creando los medios para facilitar trabajo para cuantos lo necesiten, para una España que mantenga su tradición, una España que modernice todas sus estructuras y se ponga de nuevo a la cabeza de los países industrializados. Lo que solo se conseguirá con el entendimiento de los dos partidos mencionados y la suma de todos los españoles que, por aburrimiento, como nosotros, estén al margen de rencillas de alcoba, más, eso sí, renuncia al «yo quiero estar por encima de ti».

Sin duda el tañido de las campanas es la invitación a una convocatoria necesaria e imprescindible para que España se serene y se tranquilice, y emprenda el buen camino. Somos tan admiradores de las campanas como lo somos de los botijos. Sin duda son dos valores ínsitos en España que no faltan en ninguno de sus pueblos. La campana de la torre de la iglesia y el botijo en cualquier huerto o sombrero. Lo que desconocíamos hasta ahora, y hemos descubierto gracias a uno de nuestros lectores, es que en la alfarería de Teruel, tan digna de admiración por su belleza en las formas y en la decoración de sus piezas, existía el botijo de campana. ¡Lo hemos encontrado! Y aquí lo traemos hoy. Agradeciendo este descubrimiento a Luis Ángel Ruiz Paradejordi que nos informó de la existencia de este original botijo.



* * *

Balance Electoral

José María Nieto Vigil (*Estrella digital*)

Concluye la contienda electoral y es el momento de hacer un balance objetivo, sensato y responsable. Ya sé que los datos ofrecen múltiples y subjetivas lecturas, muchas de ellas sesgadas y parciales, preten-

diendo ofrecer una valoración aparente de lo realmente cosechado en los comicios regionales celebrados. No obstante, si queremos ser serios y rigurosos, la verdad es una, la que ofrecen los registros convalidados en las urnas, a partir de ahí se puede pretender, o edulcorar la derrota, o amortiguar la caída, o no querer ver la tendencia que se está manifestando de manera evidente.

Seamos sinceros: el Partido Popular ha ganado las elecciones; Vox ha experimentado un crecimiento espectacular; Ciudadanos se ha hundido; el PSOE ha sufrido un serio revés electoral; Unidas Podemos pierde; suben los partidos localistas en Soria, León y Ávila. Este es el resumen, a grosso modo, que se puede hacer de la jornada electoral vivida en Castilla y León. Todos los partidos, incluidos los manifiestos perdedores, se afanan en buscar a qué agarrarse para justificar sus dividendos obtenidos en las urnas. Unos lo tienen muy fácil, otros no tanto a la luz de los datos, contundentes e incontestables.

Vox ha sido la formación que ha ganado las elecciones, si nos atenemos a todos los datos que pretendamos manejar: subida de escaños; aumento de votos y de porcentaje de apoyo, amén de sus éxitos parciales en algunos de los municipios de Castilla y León. 212.605 sufragios frente a los 75.713 de 2019; un porcentaje del 17,64% frente al anterior 5,50% y, lo que es más importante, 13 procuradores frente al único representante de la pasada legislatura. Ningún partido ha obtenido semejante cosecha.

El Partido Popular ha ganado las elecciones, sin duda alguna, pero se deben valorar todas las variables. Ciertamente es, que ha sido el partido más votado; que



es el que tiene más procuradores; que tiene el mayor porcentaje de apoyo y que va a formar el gobierno regional. Pero..., se debe ser cauto y cuidadoso con la interpretación de sus resultados. Baja en el volumen total de votos recibidos, 378.896 (-54.916); baja en porcentaje de respaldo (-0,41); y no gana en cinco de las nueve provincias (León, Palencia, Burgos, Valladolid y Soria). Ciertamente es que sube dos escaños, pasa de 29 actas a las 31. Es cierto, pero hay muchas objeciones y peros que tener en cuenta.

Cuidadín, cuidadín. Dentro de un año se celebran elecciones municipales y su tendencia no será la de crecer, sino al contrario, sino la de seguir bajando. Corre el riesgo de perder alcaldías e incluso diputaciones provinciales. Sus expectativas se han visto muy mermadas con los resultados obtenidos. Nadie en el Partido Popular esperaba este fiasco, otra cosa es lo que se quiera decir y se pretenda vender. Además, su gobierno se verá muy hipotecado en esa labor de diálogo que tienen que mantener, sin gana alguna, con Vox. Sin contar con ellos no hay gobierno posible, sea en minoría, o sea en coalición, que

son dos opciones con muchas posibilidades que puedan traducirse a la realidad. Con Ciudadanos lo tenían más fácil, Vox ya lo ha dejado claro, no habrá concesiones y sí muchas peticiones.

El futuro de los populares no es tan azul como el cielo despejado de Castilla, presenta feos nubarrones que presagian tormentas y aguaceros. Si son listos, encontrarán resguardo, si se empecinan en negar la mayor, se empaparán hasta los tuétanos.

Ciudadanos prosigue su agonía. Condenados a la marginalidad, su extinción política es inevitable, salvo sorpresas de última hora, que también podrían ocurrir. Su descalabro no ha sido ninguna sorpresa. Solamente Francisco Igea, como voz que clama en el desierto, se ha salvado de la escabechina sufrida. Pierden 11 procuradores y 151.665 votos; también un 10,5% del respaldo electoral. No obstante, en las próximas elecciones municipales dirán su última palabra. Se han quedado sin mensaje, sin socios y sin apoyos, a lo que habría que añadir una merma de ingresos importantísima de dinero público para su financiación. Están, sencilla y escuetamente, en fase terminal.



El GRAN PERDEDOR, ha sido el PSOE. El dicharachero candidato socialista, Luis Tudanca, no ha sido capaz de empatizar con el electorado y ya ve, por el rabillo del ojo, como le están haciendo la cama en Ferraz. Las ligerezas e imprudencias de sus líderes nacionales e incómodos socios de gobierno, le han hecho la

campaña. Su batacazo ha sido épico. Pierden 7 procuradores, de los 35 que tenían; han dejado de ser la principal fuerza política en todos los términos que se quieran manejar a nivel regional; pierden casi un 5% de apoyo y más de 117.000 votos. Las marcas locales de la «España Vacía» han jugado en su contra en todas las provincias, especialmente en Soria. A nivel local y provincial, intentarán maquillar la catástrofe regional sufrida sin paliativos, pese al entusiasta apoyo de numerosos ministros y próceres socialistas que por estas tierras han pasado fugazmente, como es el caso del risueño e impertinente José Luis Rodríguez Zapatero, de infausto recuerdo por cierto, o del actual inquilino de La Moncloa, Pedro Sánchez, que pensaba que sin despeinarse lo tenía hecho. Más les vale revisar sus acuerdos de gobierno con sus socios coaligados y, con la prudencia necesaria, reescribir un nuevo guion para ejercer un gobierno más serio y saludable para el conjunto de España y, por descontado, para Castilla y León, si es que alguna vez llegan a gobernar, cosa que veo hartamente complicada.

Unidas NO PODEMOS. Claro y conciso es el mensaje recibido. Pierden un escaño, votos –casi 8.000–, apoyos y simpatías. Su representante, Pablo Fernández, tiene un mensaje trasnochado, obsoleto y ajeno a las necesidades reales de los castellano-leoneses. Por estas tierras no tienen espacio político en el que medrar. Por si fuera poco, su camarada y compañero, Alberto Garzón, le

ha hecho flaco favor con su incontinencia verbal. De ellos no hay más que añadir.

De los partidos localistas se puede decir que han emergido con fuerza, que en el futuro seguirán creciendo –ya lo veremos en las elecciones locales–, pero son una comparsa que añade colorido al arco parlamentario regional, cada vez más parecido a un arco iris. Su potencia provincial afecta, sobre todo, a los socialistas. Soria ¡Ya! Se mira en el espejo de «Teruel Existe» y ahí acaba todo.

En resumidas cuentas: lo quieran ver o no, los populares están en retroceso; Vox devuelve esperanzas más que certezas, y seguirá creciendo; los socialistas deben ir pensando en otro candidato y secretario regional, Tudanca ya está amortizado; Ciudadanos verá caer el día con su rojo anaranjado atardecer; Unidas Podemos nunca podrán más que lo que ya han podido; los localismos de aldea, algunos muy atractivos para el ciudadano cabreado, aportarán alegría al sarao, pero nada más.

El Partido Popular debe renovarse a nivel regional y provincial, de no hacerlo irá languideciendo lenta pero inexorablemente. Muchos de sus votantes mueren biológicamente cada año, está envejeciendo y no encuentra relevo generacional entre los jóvenes. Por otra parte, es un partido institucionalizado que necesita regenerarse. Vox le está cortando el césped bajo sus pies de barro



y más pronto que tarde les dará la puntilla. Ya no emociona, ya no traslada confianza y sus mejores momentos ya son historia de la política regional. Pasan los años y siguen los mismos líderes que antaño, así es imposible crecer y perpetuarse en labores ejecutivas de gobierno. En Castilla y León no tienen a una Isabel

Díaz Ayuso ni a un José Luis Martínez-Almeida. El cambio debe ser ¡YA!, no pueden esperar a nuevas sorpresas ni contratiempos, todavía tienen un margen razonable de tiempo que no malgastar. Provincia a provincia, junta comarcal a junta comarcal, junta local a junta local, se debe proceder a una renovación íntegra, de personas e ideas.

Finalmente, creo que Pablo Casado debe estar preocupado, las cuentas no le salen por ningún lado. Por el momento, a Pedro Sánchez sí.

* * *

¡Y allá a su frente... la Moncloa!

Fernando Sánchez Dragó (*La Gaceta de la Iberoesfera*)

Cuando yo era niño y aún figuraban las humanidades en los planes de estudio, todos mis coetáneos conocían el verso de Espronceda y de su *Canción del pirata* al que hoy parafrasea el título de mi columna... Con

una variante, eso sí: donde el poeta puso Estambul, yo he puesto la Moncloa. Es una concesión a la actualidad.

Dejémonos de eufemismos, circunloquios, tergiversaciones, disimulos y titulares. Hagamos caso omiso de la prensa y de las tertulias, y llamemos a las cosas por su nombre. Ayer, domingo, en las elecciones autonómicas de Castilla la Vieja –así sigo llamándola yo– y León sólo hubo un ganador: Vox. Todos los demás partidos perdieron, menos algunos de la España Vacía, que no podían retroceder ni crecer porque nunca se habían presentado. Cualquier otra valoración responde al inconfesado deseo de retorcer la realidad y de negar la evidencia.

Dicen los unos y los otros –o más bien los Hunos y los Hotros– que en esas elecciones se ha impuesto la extrema derecha. Falso de toda falsedad. La extrema derecha, en nuestro país, no existe o existe sólo agazapada en minúsculos cubículos de nula relevancia electoral. Inventar un enemigo inexistente es un viejo recurso de los ejércitos que están desmoronándose y batiéndose en retirada. Lo que existe y avanza vertiginosamente aquí y en el resto de Europa así como en la América trumpista y en la Rusia de Putin es la gran revolución conservadora. Ha llegado su momento. Hay que estar muy cegato o que ser muy merluzo para no darse cuenta de ello. Cuando a una idea le llega, como digo, su momento, no hay fuerza humana ni, casi diría, sobrehumana que le cierre el paso. Su potencia, su contundencia y su vigencia se convierten en huracán. La onda del sismo que ayer se produjo en la región madre de España se dejará sentir muy pronto en las restantes tierras de ésta. Ya lo había hecho,



anticipándose a un futuro que hoy es presente, en Andalucía, en Murcia, en Cataluña, en Madrid... Y lo que te rondaré. Así, paso a paso y zancada a zancada, sin prisa ni pausa, como sugería Goethe, hasta Estambul, digo, la Moncloa.

Pirata no es Santi Abascal, pero capitán, sí. No lo duden. Nunca he visto en él, simplemente, al secretario general de un partido político, sino al líder de un telúrico movimiento histórico, moral y cultural. Julio César llegó adonde llegó porque ganó dos guerras: la de las Galias y la civil. La segunda, en España, sigue, aunque de modo incruento, por fortuna. La primera también, aunque su escenario está en Bruselas. Creo que Abascal, y sus lugartenientes, y sus milites, y sus votantes, lo tienen claro... Baroja dixit: o César, o nada. Lo de César es sólo una metáfora. En Vox no hay ni debería haber cesarismos. Para éstos, amortizado Pablo Iglesias, ya tenemos de sobra con el actual jefe del Gobierno.

He hablado hace unas líneas de idea y de batalla. No sólo: he hecho mío en las cenas–coloquio que desde hace tres meses moderó, por encargo de Disenso, en la cripta del Café Gijón, el estribillo, que yo no he inventado, de La batalla de las ideas. Y bien está, pero mejor sería convertirlo en batalla de los

valores, pues las ideas pueden ser buenas y malas, y a menudo prescriben o evolucionan, mientras los valores –Sophia perennis, voz de la conciencia– permanecen.

¿De qué valores hablo en esta ocasión? De los que Vox propone y defiende en el ámbito de la res pública y de la privada. Son cinco, y en ellos se subsumenten todos los restantes: familia, trabajo, propiedad, libertad y nación.

Ése es su programa. Yo no pido más.

* * *

Hartos de Pedro Sánchez

Su baraka declina, su tirón languidece, su imagen se hunde. No conoce la victoria desde que es presidente. No estará un lustro en la Moncloa, como advierte Ayuso

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)



«Veinticuatro bofetadas» certificaba la Canción del gitano apaleado de Lorca. Cinco bofetadas suman ya las recibidas por Pedro Sánchez en las urnas desde que es presidente. Allá donde va, naufraga. Tan sólo ganó en Cataluña, una victoria estéril que no bastó para convertir al funerario Illa en «president». Atraviesa un presente oscuro que con el tiempo se fundirá en negro.

Escocido tras tanta derrota, vapuleado por tanto estropicio, Pedro Sánchez empieza a atufar a cadaverina. Cierto es que ensortijar cinco batacazos en otras tantas autonómicas no el acabose pero sí el empezose. Esto es, el principio del declive. No son las trompetas del Apocalipsis pero sí el primer aviso antes de devolver el toro a los corrales. Las dos últimas derrotas han escocido. En ambas, tanto en Cataluña como en Castilla y León, el presidente del Gobierno se implicó con esa audacia de quien va sobrado, con esa arrogancia propia del depredador. El finiquitado Iván Redondo le embaucó para se enfangara en la disputa por la Generalitat. Tremendo gatillazo. Ahora ha sido el



trolero Tezanos quien le animó a dejarse ver por los campos de Castilla y el presidente reforzó su presencia ante el 13-F con el resultado de sobra conocido. Un susto mortal.

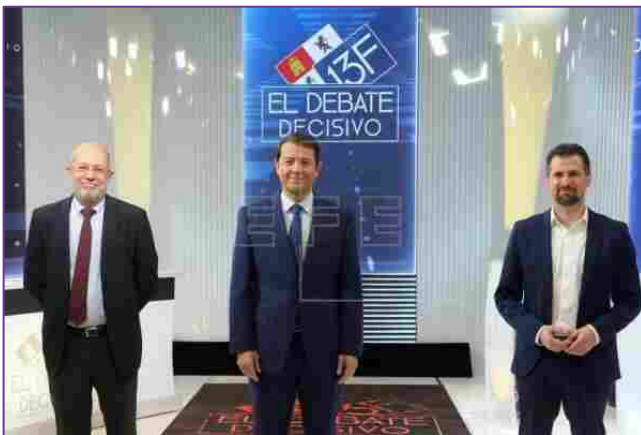
El PSOE, que había ganado las autonómicas de CyL de 2019, aunque sin poder formar gobierno, ha retrocedido ahora siete escaños y 120.000 votos.

Tanta derrota, más que una casualidad, se antoja una tendencia. Que va a más. En la próxima cita, Andalucía, también se adivina el trastazo. De derrota en derrota... El penoso tironeo entre Mañueco y Vox, ese vodevil en el que, habitualmente, suele enredarse la derecha para recordarnos que es tonta, ape-

nas logra camuflar la enrevesada situación por la que atraviesa el PSOE. Sánchez no gana ni a las tabas. Con todo el aparato del Estado a favor, con el Consejo de Ministros implicado descaradamente en la campaña, con enorme despliegue de trampas que bordean las lindes del delito, los socialistas no han conseguido un solo triunfo con Sánchez al frente. Han recurrido a todo tipo de incentivos y artificios, desde el Salario Mínimo a las pensiones, de los fondos para el agro al CIS. Con casi toda la masa mediática a su favor, con el Parlamento amanillado, una Justicia atenazada, un Ibex arrodillado, el partido del Gobierno ha mordido el polvo una y otra vez, y otra y así sucesivamente.

Han saturado sus mensajes con el discurso equivocado. Feminismo obsesivo, ecologismo demodé, nacionalismo racista, republicanismos del XIX, cunetas, Valle, franquismo... un mar de pancartas trasnochadas, un despliegue de consignas necias frente a una situación de angustia y emergencia: recibo de la luz, 46%; diésel, 27%; gas, 23%; cesta de la compra, 18%... «Eso es mercadería facha», argumenta el club de los expertos paniaguados. Un 53 por ciento del voto se llevó la derecha en esta consulta de CyL. La izquierda apenas rozó el 35. Demasiados fachas, según parece. Y demasiado cabreo, también.

Semanas atrás, cuando las encuestas atisbaban en Portugal un posible vuelco hacia la derecha, José Miguel Tavares, analista del diario *Público*, descartó un triunfo del conservador Rui Rio, gran valor en alza, porque «los portugueses todavía no están hartos de Costa». Y en efecto, el primer ministro socialista,



contra todo pronóstico, se impuso por mayoría absoluta en unos comicios que le daban ya por sentenciado. Sánchez sacó pecho. La Moncloa festejó con champán. Ferraz celebró con fuegos artificiales. Una lectura errada. A este lado de la península, la situación es muy otra. Los españoles están hartos de Sánchez. Sólo despierta adhesiones entre los amorrados al presupuesto, los separatistas

del indulto y los simpatizantes de las capuchas. Incluso algunos dirigentes de su partido, hasta ahora de una obediencia ovina, osan contradecir al aparato y han dejado oír su voz en el tema de ayudar o no a Mañueco.

No puede pisar la calle, no puede ir a un teatro, no puede pasear por un parque. Es el presidente del Gobierno más detestado. «Poco empático» dicen los Migueles. Estos días de campaña sólo circuló por calles blindadas, escenarios enjaulados, locales cerrados... Es el precio a una política que hiede. Alivia el encierro de los etarras, pacta con los sediciosos del supremacismo, se abraza a los amigos del terror.

Su baraka se esfuma, su tirón languidece, sus recursos se agotan. Los cerebros de la Moncloa, casi 800 según las últimas estadísticas, confían en que el

año próximo, electoralmente decisivo, repuntará el empleo merced a los fondos de Bruselas y Sánchez se exhibirá, invencible, en la escena internacional en su condición de presidente del Consejo europeo. Poca artillería para concurrir a tan complicadas urnas. Poca metralla para cosechar papeletas. Ocurrirá más bien lo contrario. En el otoño andaluz, la sexta bofetada. En primavera de 2023, con las municipales, la ruidosa séptima. Y en enero de 2024, con las generales, si no hay movida en el calendario, la octava y definitiva. No llegará a las 24 del gitanillo lorquiano. Por una sencilla razón. «España no soportaría otro lustro sanchista», ha sentenciado Ayuso. Hartos, dolorosamente hartos. Y entonces, plas, salió Casado. Y se fastidió.

* * *

Un baño de realidad

«No votar izquierda te convierte en extremista, lo que comporta ser machista, negacionista, homófobo, fascista...»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Suena la alarma del móvil a las siete de la mañana. Te aseas en silencio intentado no hacer ruido para no despertarlo. Hizo turno de noche en el restaurante y llegó a casa bien entrada la madrugada. Das una vuelta rápida a la manzana con el perro. Al volver a casa, despiertas a los niños y les pides que se vistan y desayunen mientras les preparas los almuerzos. Recuerdas al pequeño que eche a la mochila el proyecto de ciencias en el que estuvisteis trabajando toda la tarde. Ha helado y el coche hace amago de no arrancar. Por fin se pone en marcha. Enciendes la radio para que te amenicen el trayecto a la parada de autobús mientras los críos discuten de sus cosas. Los tertulianos que analizan la actualidad política parecen muy alterados: «Han ganado los ultras».



Entonces caes en la cuenta de que este domingo se celebraron elecciones en tu comunidad autónoma. Escuchas a candidatos y a analistas lamentarse de que los ciudadanos no hayan estado a la altura de lo que de ellos esperaba el partido. Te dicen que, a partir de hoy, tu vida será peor

que ayer. Que es el principio del fin de la democracia.

Mientras los niños suben al bus, le das vueltas a lo que acabas de escuchar y piensas en que últimamente apenas llegas a fin de mes con la subida de la luz y de la gasolina. Que durante todos los meses que obligaron a cerrar el restaurante como medida para combatir la pandemia y los dos estuvisteis en ERTE, pudisteis salir adelante gracias al apoyo de tus padres para hacer frente a la hipoteca. No llegó ni una sola ayuda.

Vuelves al coche y suena de nuevo en los altavoces la voz del locutor. Está entrevistando a una ministra que se lamenta amargamente porque con la llegada al poder de la extrema derecha se van a pisotear los derechos de las

mujeres y se va a frenar la lucha contra el cambio climático. Dice que España necesita un proyecto de país inclusivo en el que quepamos todos, todas y todos. Que hay que frenar al fascismo.

Intentas no enfadarte porque ya bastantes problemas tienes, pero al final te enfadas. Estas advertencias ya no te provocan zozobra o miedo, solo hartazgo. Se abre paso la sensación de que simplemente te has limitado a cumplir a base de trabajo y sudor con tu parte de un contrato social que ahora se les antoja insuficiente. No solo te exigen más como ciudadano, sino que mientras tanto te insultan. Todo lo que no sea una adhesión inquebrantable a sus postulados te convierte en un indeseable. Lo que no está a la izquierda del partido socialista es ultra. No votar izquierda te convierte en extremista, lo que comporta ser machista, negacionista, homófobo, fascista...

El comunismo, el independentismo y hasta el terrorismo son compañeros de gobierno legítimos y quienes los confrontan son unos populistas radicales. Tú, que no has votado a la izquierda, eres más radical que Otegi, que Rufián o que Pablo Iglesias.

Afirman que tu voto es el del enfado y la polarización. Para ti es mucho más sencillo: has votado contra los que insisten en que tus problemas son otros distintos a los que de verdad tienes. A estas alturas, ya no les pides nada, simplemente que molesten lo menos posible. Que no te abrasen a impuestos para que puedas ganarte la vida trabajando en el restaurante sin que te acusen del incremento de los contagios,



de no servir comida vegana o de colaborar con el maltrato animal. Que no te responsabilicen de la destrucción del planeta por tener hijos o de clasista por tener una vivienda en propiedad. Que no le digan al crío que es un violador en potencia por el mero hecho de haber nacido hombre. Que no te acusen de franquista por ondear una bandera.

Ellos, que no estuvieron allí cuando los necesitabas, te acusan ahora de no estar cuando son ellos los que te necesitan. Es difícil continuar apoyando a quien desdeña de forma condescendiente tus problemas. No es un voto de castigo, es un baño de realidad.

* * *

Resignados y rebeldes

La rebeldía a que la virtud nos obliga ante el ultraje ajeno se vuelca hoy en la reivindicación de lo supuestamente propio.

Juan Manuel de Prada (*XL Semanal*)

Leo un artículo titulado *Resignación y rebeldía* de Dani de Fernando, un joven escritor lleno de perspicacia, que nos propone una tesis extraordinariamente sugestiva. Sostiene el autor que la vida virtuosa nos enseña a soportar con resignación las calamidades propias y, en cambio, nos

inclina a revolvernos contra las ajenas. Así, una persona virtuosa soporta resignadamente las intemperancias de sus padres, o las tabarras de su cónyuge; en cambio, no se queda cruzado de brazos cuando agreden a su prójimo, especialmente si se halla desvalido.

Nuestra época, en cambio, ha logrado que resignación y rebeldía «funcionen exactamente al revés», de tal modo que aceptamos la injusticia inferida al prójimo a la vez que nos sublevamos contra nuestra situación personal. De este modo –concluye Dani de Fernando–, acabamos aceptando con normalidad las calamidades ajenas, a la vez que sustituimos a nuestra mujer por otra más apetecible o abandonamos a nuestro padre en uno de esos modernos morideros llamados «residencias».

Dani de Fernando añade todavía en su artículo una observación final. Esta subversión de la vida virtuosa vigente en nuestra época tiene un oscuro sentido anticristiano. Pues, en efecto, Cristo invitó a sus seguidores a cargar con su cruz (predicando, además, con el ejemplo), a la vez que se esforzaba por remediar las calamidades ajenas, curando a los leprosos o expulsando a los mercaderes del templo.

Este oscuro sentido anticristiano de la subversión descrita por Dani de Fernando nos ayuda a entender mejor su naturaleza. El caramelo envenenado de la autodeterminación nos ofrece un espejismo de rebeldía: revuélvete contra tu esposa, que ya no está tan dura de carnes como antaño; revuélvete contra tus padres, que no te entienden; revuélvete contra el hijo que estás gestando, que te impondrá ímprobos sacrificios; revuélvete contra tu decrepitud y tus padecimientos, que niegan tu sueño de mantenerte joven y sano; revuélvete contra tu propia realidad biológica, que te ha encerrado en un cuerpo



que no «sientes» como propio. Revuélvete, en fin, contra todos los obstáculos (cónyuge, padres, hijos, vejez, enfermedad, órganos genitales) que te impiden ser una mónada autosuficiente, engreída de soberanía, tan grotescamente endiosada y ab-

sorta en sí misma que puede desentenderse de las calamidades que sufren quienes la rodean. Muy especialmente, desde luego, de las personas más cercanas (mediante una «interrupción del matrimonio», una «interrupción del embarazo», una «interrupción de la respiración», etcétera); pero, en general, de cualquier «prójimo» cuya causa no podamos utilizar en provecho propio, convirtiéndola en fetiche ideológico y en postureo sistémico.

Pero la subversión de la vida virtuosa que detectaba Dani de Fernando en su artículo no es un mero trueque mediante el cual «cambiamos de sitio» resignación por rebeldía. Detrás de ese aparente trueque hay una venta de nuestra alma. Detrás de todo endiosamiento se esconde un abajamiento o abyección que, en la embriaguez fatua de la autodeterminación, no alcanzamos a vislum-

brar. Nos liberamos de nuestros padres, de nuestros hijos o de nuestro cónyuge sin sospechar que quienes nos han concedido todas esas liberaciones nos quieren exactamente así, liberados de vínculos fecundos, de lealtades duraderas, de arraigos profundos, para poder brindarnos la vida de cucarachas que a ellos les interesa, una vida en la que también estaremos liberados de una casa digna (¿para qué la necesitamos, si ya no tenemos una familia que la habite?), liberados de un trabajo bien remunerado (¿para qué queremos un sueldo decente, si no tenemos bocas que alimentar?), liberados incluso de proteínas de origen animal en nuestra dieta (¿para qué las queremos, teniendo la carne sintética de Bill Gates?).

Y ni siquiera tendremos que recurrir a la resignación para aceptar las calamidades que nuestros «liberadores» nos han infligido, a cambio de endiosarnos. Porque, entretanto, nos habrán brindado una nueva causa que nos permita sobrellevar una vida de cucarachas, sin familia, sin hogar, sin trabajo digno; una causa de tamaño gigantesco, acorde con el tamaño de nuestro endiosamiento. Esa causa es la salvación del planeta: y así, mientras corremos en patinete a encontrarnos con nuestro próximo ligue de Tinder, mientras soltamos un cuesco con hedor a carne sintética en nuestro solitario cuchitril, podremos celebrar rebeldemente que estamos reduciendo nuestra huella de carbono. Y así, resignados y rebeldes –¡resilientes!–, nos haremos la ilusión de estar participando en una causa en verdad digna de dioses.

* * *

Rosa Díez tras el batacazo de la izquierda en Castilla y León

Cristina López Matas (PD)

Con este resultado, se confirma lo que ya ocurrió en Madrid, Podemos no tiene futuro en España, no es equiparable respecto a los resultados del PP, pero sí es equiparable el hundimiento del PSOE. Los ciudadanos han expresado que se fían más de lo que hagan las fuerzas constitucionalistas de la derecha que de lo que está haciendo y va a hacer el PSOE con Sánchez a la cabeza.

Sobre el pacto del PP y VOX en la región, cree Díez que el PP debería abandonar ciertos «complejos» ya que algunos de sus dirigentes siempre están buscando que el PSOE les conceda el «carné de demócratas», es decir, «que les considere de los suyos».

¡Cómo si el PSOE que ha pactado con los enemigos mortales de la democracia pudiera dar carné de demócratas a nadie!, un partido que considera sus socios preferentes a los que siguen alabando a los asesinos y a los criminales de ETA, que llama progresista a los terroristas como Bildu.



Critica la cofundadora de UPyD que hay una diligencia del PP que busca que el PSOE «les quiera» y les acredite; «algo que sea malo para Bildu es bueno para España, si a Bildu le parece mal que el PP pacte con VOX, es que esto es buenísimo para España», subraya.

Defender la nación es defender la unidad y la igualdad de los españoles. Por tanto, hay que apostar porque trabajen unidos los partidos que defienden eso, no solo es un gesto de patriotismo verdadero sino que no hay nada más patriótico que echar a Sánchez de la Moncloa y echarle de todos los sitios en los que tenga influencia el «sanchismo», no hay nada más patriótico que defender el interés general, a los ciudadanos y a la nación, que es garantía de igualdad de todos los españoles.

* * *